

AGUANTE Y VIOLENCIA EN EL MUNDO DE LAS BARRAS
FUTBOLERAS MEXICANAS.
REFLEXIONES METODOLÓGICAS Y ÉTICAS
SOBRE EL CASO DEL RITUAL DEL KAOS

***Aguante and violence in the world of Mexican soccer bars.
Methodological and ethical reflections on the case of the
Kaos Ritual***

*Aguante e violência no mundo da torcidas de futebol mexicano.
Reflexões metodológicas e éticas sobre o caso do Ritual de Kaos*

Sergio Varela Hernández¹

Recibido: 10 de enero de 2018.

Corregido: 6 de marzo de 2018.

Aprobado: 12 de abril de 2018.

Resumen

Las prácticas de los aficionados al fútbol profesional en México se desarrollan en contextos de relativa violencia y peligrosidad, por lo que los investigadores deben mantener protocolos metodológicos y éticos muy rigurosos. De 2007 a 2012 realicé una investigación etnográfica para mi tesis doctoral con aficionados organizados del Club América de la Ciudad de México. En algunas ocasiones estuve involucrado en situaciones de violencia física en las que corrí ciertos riesgos, que no comprometieron mi vida, pero sí implicaron potenciales lesiones o repercusiones de tipo legal o administrativo. Primero describo brevemente el contexto de los grupos de aficionados que se organizan en México. Después plantearé algunos ejemplos de situaciones y testimonios de violencia de integrantes de las agrupaciones juveniles de aficiona-

¹ Doctor en Antropología Social por la Universidad Iberoamericana. Profesor de tiempo completo asociado del Centro de Estudios Antropológicos, FCPyS, UNAM. Líneas de investigación: Antropología urbana, antropología del cuerpo y antropología de los deportes. Correo electrónico: sergiovarela@politicas.unam.mx

dos del club América. Finalmente, realizo unas reflexiones metodológicas y éticas relativas al trabajo en campo en esas circunstancias de violencia.

Palabras clave: Aguante, violencia, trabajo de campo, grupos juveniles, fútbol, ética.

Abstract

The practices of the fans to professional soccer in Mexico are developed in contexts of related violence and dangerous, as far as the researchers should keep methodological and ethical rigorous protocols. Since 2007 to 2012, I made an ethnographic investigation for my doctoral thesis with organised fans groups of Club America, from Mexico City. In some cases I was involved in physical violence situations, and I had some risks, in those situations my life was safe, but implied potential injuries or legal repercussions and administrative implications. In this text, I describe briefly the context of organized fan groups in Mexico. After that, I put forward some examples of situations and violence testimonies from members of Club America's youth groups of fans. Finally, I do some methodological and ethical reflections related to the field work in those circumstances of violence.

Keywords: Aguante, violence, fieldwork, youth groups, soccer, ethics.

Resumo

As práticas dos torcedores futebolísticos no México são desenvolvidas em contextos de relativa violência e perigo, razão pela qual os pesquisadores devem manter rigorosos protocolos metodológicos e éticos. De 2007 a 2012, realizei uma pesquisa etnográfica com fãs do clube América na Cidade do México. Às vezes, eu estive envolvido em situações de violência física nas quais vivi alguns riscos, não comprometendo a minha vida, mas significando possíveis lesões ou repercussões de natureza legal ou administrativa. Primeiro, vou caracterizar brevemente o contexto dos grupos torcedores organizados no México. Depois, darei alguns exemplos de situações e testemunhos de violência por parte de membros dos grupos de jovens fãs do clube América. Finalmente, farei algumas reflexões metodológicas e éticas relacionadas ao trabalho no campo nessas circunstâncias de violência.

Palavras-chave: Aguante, violência, trabalho de campo, grupos de jovens, futebol, ética.

Introducción

El Club América de fútbol tiene un gran número de aficionados y se trata de un referente central en las rivalidades futbolísticas, dada su vinculación directa con la televisora privada más poderosa de México (Televisa). La articulación entre un club futbolístico y un consorcio televisivo tan grande,

permite identificar la relación entre el poder político, económico y mediático en nuestro país. Lo anterior se refleja también en las formas identitarias y en las prácticas de sus aficionados, particularmente en el caso de la violencia, la masculinidad y las relaciones de género.

Los aficionados futboleros mexicanos, y en especial los americanistas,² tienen diferentes formas de expresar su apoyo al Club. Existen los aficionados televisivos, los que asisten esporádicamente a los estadios y aquellos que acuden por lo regular a las gradas. Entre los aficionados presenciales dentro del Estadio Azteca (sede del Club en la Ciudad de México) destacan los que forman parte de una organización de seguidores. Dentro de esta categoría hay dos subgrupos claramente identificables: por un lado, las llamadas *porras familiares*, cuyas formas de apoyo son de carácter mesurado, y, por otro, las agrupaciones juveniles, mejor conocidas como *barras*, que suelen ser más exultantes en las formas en que alientan al equipo.

Cuando realicé la investigación, el Club contaba con el respaldo de tres barras. De un lado, dos que reconocía la directiva del Club: La Monumental y El Disturbio. Del otro, la que no era reconocida oficialmente por el equipo: El Ritual del Kaos (RK). El RK, también autodenominado como la *hincha*³ popular o *el 48*,⁴ es una agrupación juvenil y, básicamente varonil, que alienta al Club América desde la tribuna norte del Estadio Azteca.

La Monumental fue creada de forma directa por los dueños del Club a finales de los años noventa, con el fin de consolidar una sola organización

² Agrupaciones que apoyan al cuadro de fútbol profesional mexicano llamado Club de Fútbol América S.A. de C.V.

³ Es un término derivado de *hincha*, que al igual que el término *barra* tiene orígenes inciertos y ubicados en Argentina. El *hincha*, no obstante, es un aficionado acérrimo al fútbol y, obviamente, a un equipo en especial. Aunque el término surge en un contexto distinto al mexicano, es posible resignificarlo de acuerdo con las particularidades locales. En el caso del Club América en específico, es notorio que muchas de sus actividades están pautadas y organizadas por la directiva del Club y los liderazgos de cada barra; sin embargo, en cada partido es posible observar acciones espontáneas y particulares con desviaciones morales y corporales. Esta tensión entre el control vertical de la institución y la espontaneidad e improvisación ligada a las emociones, dota de especificidad a las barras mexicanas.

⁴ Se le conoce así porque dentro del Estadio Azteca se ubica en el sector del túnel 48, en la parte alta, conocida como la zona de precio popular.

de aficionados. El Disturbio y el RK son escisiones de aquella. Es muy complicado determinar las edades, escolaridad, ingreso o residencia de los integrantes, pero se trata, en esencia, de jóvenes y muchos de ellos portan pancartas con los nombres de sus lugares de origen (principalmente zonas y sectores populares de la ciudad de México y su zona conurbada). Estas barras se organizan en segmentos territoriales que tienen como referencia las colonias de sus integrantes que se juntan en una reunión general en las inmediaciones del Estadio Azteca.

Durante mi trabajo de campo con el RK pude observar desde 200 o 300 hasta unos dos mil jóvenes que conformaban dicha agrupación, aunque era muy difícil contabilizarlos ya que nunca pude corroborar un padrón o una lista de miembros, además de que observé una gran laxitud para integrarse o separarse de la organización. De hecho, sus números eran veleidosos y cambiaban de partido a partido. Debido a conflictos internos y con la directiva, presencié rompimientos y desbandadas que mermaron notablemente el número de integrantes del RK y posteriores reagrupamientos.

Durante mi investigación, el RK siempre mantuvo una posición de radicalidad discursiva con la cual pretendía distinguirse y separarse de las demás barras que apoyan al Club América, de las porras familiares, de la directiva del Club y de las instancias gubernamentales, en especial de la policía. Los apelativos con los que se identificaba el grupo demuestran su actitud disruptiva, comenzando con el nombre propio de la agrupación: Ritual del Kaos. La utilización de la %~~ot~~+ en lugar de la %~~ot~~, ya da cuenta de ese afán diferenciador de las normas, incluyendo las ortográficas.

La agrupación se atribuye un buen número de denominaciones que están vinculadas a una lógica de fortaleza, desorden, abuso, virilidad, poder, astucia y embriaguez, entre otras, que denotan una clara lógica masculina: Los Patanes, Los Ritualeros (este apelativo lo vi inscrito en gorras tipo beisboleras y estilizado a semejanza del logo de la serie de televisión Los Sopranos, donde en lugar de la %~~ot~~+ se utiliza una silueta de una pistola), La Mafia del 48, Violentos por Naturaleza, La Banda que Nunca Abandona, La Barra que Manda en Dos Países (en referencia a los subgrupos que tienen en los Estados Unidos y en México), Los Más Bravos y Los Famosos RK.

En ese orden de ideas, es menester reflexionar sobre un elemento que, desde mi punto de vista, es sobresaliente: la práctica de la masculinidad, llevada a cabo en contraposición a la femineidad, caracterizada ésta como débil física y moralmente, y por tanto sin *aguante*.⁵

El *aguante* constituye un destacado código de honor y hermandad que articula los saltos, cantos y abrazos de los participantes, estableciendo un foco común de alegría y entrega. Esta experiencia vincula emocionalmente a cada integrante con el grupo y configura un *nosotros+* que les brinda pertenencia y unidad.⁶ Además, dicha emoción se exagera a través del consumo de drogas y bebidas alcohólicas, que, se dice, favorecen un estado físico increíble+ que permite alentar en forma intensa al Club. Por último, los jóvenes integrantes de esta agrupación buscan el riesgo al someterse a peleas callejeras, y en los estadios, contra otras agrupaciones del propio Club, de otros clubes y en especial frente a la policía.⁷ Así, la tensión entre el control vertical de la directiva y las acciones improvisadas

⁵ En la literatura referente al aguante como concepto que rige las prácticas de los hinchas sudamericanos, se le define de la siguiente manera: *En la cultura del fútbol, la categoría se carga de múltiples significados, que todos conducen a la puesta en acción del cuerpo. Se puede poner el cuerpo de muchas maneras: alentando incesantemente al equipo, yendo a la cancha de local y visitante, soportando las incomodidades de los estadios y los viajes, resistiendo la lluvia, el calor, el frío. Este tipo de aguante es el que reclaman para sí los hinchas militantes. Un aguante que se confirma día a día en los sacrificios que estos hinchas realizan en nombre del club cuando tienen que recorrer extensas distancias geográficas para alentar al equipo aunque no se juegue nada y sea un partido en la Antártida cuando alientan al equipo más allá de los resultados porque el hincha con aguante es el que sigue y apoya al equipo sin importar si éste gana, pierde o empató; cuando postergan y abandonan compromisos personales y soportan en la tribuna las inclemencias del clima. Parece que existe una regla para el hincha militante: el aguante es mayor ante la mayor dificultad atravesada por él y el equipo.* Alabarces, P., Zucal, J. G., & Moreira, M. V. (2008), *El aguante y las hinchadas argentinas: una relación violenta*, *Horizontes antropológicos*, año 14, núm. 30, pp. 113-136, disponible en <http://www.scielo.br/pdf/ha/v14n30/a05v1430.pdf>, p. 117.

⁶ Al mismo tiempo, se trata de una diferenciación respecto de *los otros+*, los adversarios, que puede generar escenarios de confrontación entre los hinchas y, eventualmente, dar lugar a la aparición de hechos de violencia.

⁷ Aunque representa una práctica masculina notable entre los jóvenes barristas del RK, el aguante no es el único concepto que rige sus prácticas, ya que otros como la locura, la pasión, el colorido, el descontrol/desmadre, el *hopón+*, el *afane+*, la patanería, la mafia, el sentimiento, la lealtad, el orgullo y el honor dan cuenta también de las múltiples facetas del desarrollo de una masculinidad construida socialmente e incorporada (literalmente), en los cuerpos de/ y por los integrantes del RK.

y espontáneas ligadas a lo emocional y a la exaltación de la experiencia, se hace evidente.⁸

1. El aguante

La evidencia empírica del concepto aguante me lo ofreció un informante, el Chetos, durante una entrevista en 2011: «Sí, he estado en un chingo de peleas. Hace unos años, aún más, me señaló con cierto orgullo. En aquellos años era un joven de 22 años, fundador del RK, corpulento, gordo,⁹ que gusta de llevar pantalones cortos y camisetas sin mangas. Puedo decir que todas las veces que conversé con él, me pareció tranquilo, ecuánime e inteligente. Sin embargo, no todas las relaciones que guardaba y las actividades que realizaba eran tan pasivas:

Hace unos días, el Efraín (líder del RK) que se pone bien (sic) loco. Ya estaba muy *pedo* (borracho) y de repente que se pone a romper los cristales de coches que estaban estacionados en la calle por la que estábamos caminando. Imagínate, rompió ocho y nadie lo podía parar. ¡Ocho cristales, loco! ¡No manches, son un *chingo* y lo que hubiera costado si nos apaña la tira! (la policía). -¿Y por qué los rompió?, le pregunté. -Pues nada más; por el desmadre, por la locura. Ya sabes, cuando activas (inhalar solventes) y chupas (beber alcohol), te descontrolas. Hay que aguantar, carnal. Si la tira se aparecía teníamos que estar ahí.

En un relato de otro informante, Pete (uno de los líderes del grupo musical del RK y administrador de boletos y viajes), *aguantar* se concibe como

⁸ Archetti, Eduardo (2003), *Masculinidades: fútbol, polo y tango en la Argentina*, Antropofagia, Buenos Aires, Argentina.

⁹ Esto se conecta mucho con lo observado en Argentina: «Los miembros de la banda poseen un modelo anatómico de cuerpo masculino relacionado con lo grande. El estilo ideal es el *gordo* denominando de esa forma al cuerpo excedido de peso. Las descomunales barrigas, los vientres rollizos y caídos, los cuellos voluptuosos, los brazos y las piernas rechonchos y musculosos, el pecho ancho y voluminoso, son características que responden al tipo ideal de los hinchas. Estas formas corporales que en otros espacios sociales son mal concebidas, en el contexto de las hinchadas del fútbol tienen gran aceptación y respeto. De la misma forma, los *grosos* aquellos sujetos cuya anatomía es grande, a los que comúnmente se les dice que tienen buen lomo ingresan dentro de los parámetros deseados de cuerpo». Alabarces Pablo, Zucal, José (2008), *Identidades corporales: entre el relato y el aguante*, *Campo*, núm. 8, p. 148-149. .

una forma de solidaridad, pero una especial, que requiere mostrar, demostrar y, en muchos sentidos, provocar, buscar e infligir cierto daño al cuerpo propio y/o ajeno. Al respecto, me relató que ingresó cinco años atrás a la barra, cuando ya eran esas épocas donde en verdad se vivían peleas y acciones cabronas+ y que el movimiento había tomado un rumbo más tranquilo. Sin embargo, desde su llegada ha afrontado situaciones de riesgo y destacó una en particular:

Recuerdo que recién empecé a ir a la barra, en un partido América contra el Atlas, de regreso, en el metro General Anaya, habían agarrado a Efraín. La verdad no sé por qué. Todo eso pasó dentro del metro. Entonces la banda se salió del metro. Éramos unos quince. Bajaron a Efraín a los torniquetes de la entrada porque ya le habían hablado a la patrulla, y Efraín quiso zafarse y nos empezamos a pelear contra la policía. Ellos [la policía] eran unos diez. Logramos zafar a Efraín y de ahí nos tocó correr. Yo iba corriendo, y un güey (un tipo) se cayó. Él me trató de agarrar. Me logré quitar y por ayudarlo a pararse la policía nos atrapó; nada más a él y a mí [õ] La policía nos agarró de pagadores (chivos expiatorios) por la *verguiza* (golpiza) que les habíamos dado. Nos empezaron a pegar y después nos subieron a la parte de arriba del metro. Ahí había un cuartito y nos metieron. Nos agarraron a toletazos y zapatazos. De todo. A mí me quebraron la clavícula y ahí nos tuvieron como una hora.

Pete aseguró que esa experiencia lo marcó machín+ y que no se arrepentía por lo ocurrido: No me arrepiento porque me agarraron por ayudar al compadre. Si me volviera a pasar, ¡lo vuelvo hacer!+ Como puede observarse en el relato, sin solidaridad, lealtad y (muy importante) visibilidad del daño y del sacrificio, el aguante de este barrista no tendría ningún valor.

En términos generales, las acciones de violencia+, físico-corporales o simbólico-discursivas de los ritualeros tienen una teleología, es decir una racionalidad encaminada a la consecución de fines ulteriores dentro y fuera de la barra. Para ello, las acciones deben ser vistantas+, es decir, deben ser notables y entre más daño al cuerpo y/o a la mente del ritualero, mayor reconocimiento recibirá de sus contrapartes. Me quebraron la clavícula+ es una declaración que busca el reconocimiento, la visibilidad del hecho por el que el declarante ha pasado.

En el relato, sin embargo, no todo es grandilocuencia: a Efraín lo atrapó la policía y la respuesta de los ritualeros fue darle una *verguiza* a la policía

y él tuvo que pagarla con una golpiza y un hueso roto. La clavícula fracturada es un trofeo de guerra que puede y debe ser expuesto.

Con ello, dentro de la (auto-negada) jerarquía del RK, los integrantes van ascendiendo en la escala. Ese es precisamente el fin último: la persecución de posiciones más altas, lo cual repercute en un estatus de prestigio y en la ampliación de las redes y conexiones para la obtención de recursos que incrementan recíprocamente el goce mismo del cuerpo a través de drogas, alcohol o la adrenalina del enfrentamiento físico y verbal, además de dinero y recursos económicos derivados de los anteriores. En todo caso, esos trofeos apuntalan la práctica de una masculinidad envalentonada y despreciativa de cualquier debilidad (real o imaginaria), asociada a la homosexualidad y/o a la feminidad.

Para los integrantes del RK, el cuerpo sin movimiento es un cuerpo amargo¹⁰ y mediocre. El cuerpo debe moverse exagerada, alocada y pasionalmente. Es un cuerpo en resistencia. El cuerpo del ritualero (como también se denominan) es la materialización de una moralidad masculina que se mueve en la ambigüedad discursiva del descontrol, por un lado, y la racionalidad de la violencia homofóbica y misógina, por el otro. El descontrol o desmadre¹¹ es expresado de manera vehemente por el uso intensivo y extensivo de sustancias (alcohol, solventes y/o pegamentos

¹⁰ Nuevamente viene a colación lo que en Argentina identifican como amargo: la agitación coordinada de los brazos en cada canción, los movimientos hacia los costados, los puños bien altos y, muy especialmente, los saltos armónicos sobre las tribunas componen una serie de elementos claves para establecer la superioridad sobre un rival que es amargo, que no se mueve y que no grita. Gil, Gastón Julián (2006), *Te sigo a todas partes. Pasión y aguante en una hinchada de fútbol de un club del interior*, *Intersecciones en antropología*, núm. 7, pp. 333-348. Recuperado en 31 de diciembre de 2017, disponible en http://www.scielo.org.ar/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1850-373X2006000100024&lng=es&tlng=es De igual forma sucede en Colombia: en el estadio se grita, se insulta, se desafía y se amenaza al rival con los cantos y se demuestra la fuerza que se tiene con saltos y gritos. Es decir, se ha dicho *¡Acá estamos!* Por eso, aunque la asistencia al estadio es necesaria para el hincha común, para la barra brava es obligatoria, pues es ella la que alienta y defiende al equipo. Los cantos manifiestan la rivalidad con el equipo y con la barra brava visitante; los otros, los rivales, no cantan ni saltan lo suficiente para que hagan sentir el apoyo a su equipo, por lo que son tachados de amargos. Castro Lozano, J. (2013), *El carnaval y el combate hacen el aguante en una barra brava*, *Revista Colombiana de Sociología*, vol. 36, núm. 1, pp. 77-92. Recuperado de <https://revistas.unal.edu.co/index.php/recs/article/view/39666/41643>

¹¹ En su investigación sobre los aficionados de los Pumas (equipo profesional de la Primera División del Fútbol Mexicano), Magazine identificaba esta práctica de la siguiente

primordialmente) y toma lugar en las tribunas brincando, agitando los brazos, desgarrándose las cuerdas vocales y eventualmente en las riñas.

2. Tres relatos sobre los riesgos del trabajo etnográfico con el RK

Los siguientes relatos son resultado de un estudio realizado con integrantes del RK. Para llevar a cabo la investigación se emplearon métodos y técnicas cualitativas propias del trabajo antropológico: se realizó observación participante en el contexto de desarrollo de los eventos . estadios de futbol profesional. y se llevaron a cabo entrevistas formales e informales con integrantes de dicha barra. Antes de cada partido fue posible observar a los aficionados en la rutina del viaje, de la adquisición del boleto, de la entrada al estadio, de la secuencia ordenada de cánticos y gritos. De esa manera, se observaron las contingencias particulares de cada jornada y obtener información desde adentro+, recuperando la perspectiva de los integrantes del RK. Cabe destacar que esta investigación se llevó a cabo en un momento de conflicto entre la barra y la directiva del Club, dando lugar a escenarios de tensión y confrontación, que dificultaron la obtención de información.

Un primer ejemplo de las situaciones de riesgo que se me presentaron durante la investigación, es el siguiente: durante una de mis visitas al Estadio Azteca en 2010, acompañé unas cuadras a un par de mis informantes a recoger los instrumentos musicales de la murga (el grupo musical) del RK, los Rompe Canchas. Los guardaban en una pequeña bodega junto a la casa de uno de los jóvenes integrantes de este grupo de aficionados. Llegamos a la casa. Los cerca de 12 jóvenes comenzaron a sacar los

manera: %Desmadre son] las prácticas juguetonas, pero con frecuencia violentas y sexualmente agresivas+, Magazine, Roger (2008), *Azul y oro como mi corazón. Masculinidad, juventud y poder en una porra de los Pumas de la UNAM*, Afinita-UIA, México, p. 60. Por otro lado, en su trabajo señalaba que: %Los aficionados de los Pumas en general y más específicamente los miembros de la porra están caracterizados de esta manera: como hombres jóvenes que están enojados por su exclusión política y económica, pero que canalizan este enojo por medio de actos de violencia sin sentido y al azar, causados por su falta de guía para hacer cualquier otra cosa. Debido a estas imágenes, mucha gente considera al estadio como un lugar peligroso para ir, pero al mismo tiempo no ve a estos jóvenes como una amenaza seria para el orden social y la seguridad, precisamente a causa de su supuesta desorganización+, *op. cit.*, p. 43.

instrumentos y algunas banderas. Varios de ellos ya habían bebido alcohol y algunos más habían inhalado solventes. Sin embargo, todos estaban tranquilos. Salimos de la casa y caminamos entre las angostas calles de la colonia Santa Úrsula, aledaña al estadio.

Cuando salimos a la avenida principal, la calzada de Tlalpan, vimos pasar un microbús repleto de integrantes del RK con un trapo que los identificaba como habitantes de la colonia popular Martín Carrera, ubicada al norte de la ciudad. La murga ya se había alineado en una doble fila y comenzaban a tocar alguno de los cantos de apoyo al equipo. El microbús paró unos metros delante. De él descendieron todos los jóvenes. Frenéticos, gritaban y silbaban.

De pronto, sin previo aviso alcancé a ver de reojo que uno de los jóvenes que habían descendido del microbús tomó una piedra de considerable tamaño que se encontraba casualmente junto a las escaleras de acceso a un puente peatonal. El joven, que sólo estaba a unos 10 o 12 metros de mí, lanzó la piedra en nuestra dirección. Por fortuna, todos, de una u otra manera, nos encontrábamos atentos a la acción, además de que los gritos rápidos de alerta hicieron que el proyectil pasara muy cerca, pero sin lastimar a nadie (la piedra pasó a medio metro de mi cabeza).

Observé como Pete, el joven del RK que en esos momentos se encontraba al mando de la murga corrió rápidamente en dirección al joven que había lanzado la piedra. %Oyeme, hijo de la chingada ¿qué te pasa? ¿Estás pendejo o qué? Casi nos rompes la madre+, le gritó, además de encararlo con vehemencia. El otro joven se veía perturbado por los solventes y no sé si estuvo consciente de lo que estaba sucediendo. Al final, seguimos nuestro camino y tanto la murga como los pasajeros del micro cantaron y gritaron hasta la llegada al estadio.

Otra experiencia que me colocó en cierto riesgo fue la siguiente. A mediados de 2010, presencié una batalla campal entre integrantes del RK y de El Disturbio, mucho más comunes de lo que se podría pensar. El motivo que detonó esa riña en particular no importa mucho, ya que como la mayoría de las peleas que se suscitan en este medio son causadas por razones que no ameritarían la respuesta violenta: rumores o comentarios, principalmente. Pero esto es precisa y paradójicamente lo que le da notabilidad a los %motivos+específicos de las riñas, es decir, su aparente irrelevancia. Lo cotidiano y banal es, en esencia, el espacio social que da sentido a la violencia.

En este caso, la riña fue causada por un roce físico, un pequeño encontronazo corporal entre integrantes de un grupo con otro, que seguramente estaba ya previsto para convertirse en el pretexto que diera pie al enfrentamiento. Es notable que los roces físicos, tan comunes en otros espacios, como en el transporte público o en la calle, aquí pueden (y en algunos casos deben) tomar una dimensión y un cariz de enfrentamiento y exacerbación corporal. Como se dice en el *argot* popular, ambos individuos se %cantaron el tiro+, es decir, que de manera explícita manifestaron sus intenciones de pelea. Así, la riña uno a uno comenzó rápidamente. Sin embargo, más rápido que el inicio de la pelea individual, la riña colectiva tomó lugar. Yo reconstruí los hechos *a posteriori*, ya que la velocidad con la que se desarrollaron no me permitió captar la disputa, que por su dimensión me hizo correr a un lugar en el que no me encontrara en el medio de la batalla.

Desde ese lugar pude observar cómo ambos bandos tomaron piedras, objetos contundentes, palos de madera y de PVC y los arrojaban con frenesí. Desde luego se intercambiaron puñetazos y patadas. La policía comenzó una redada y al final de la disputa atrapó a varios individuos que en primera instancia pensé eran de ambos bandos. Sin embargo, Mauro (otro de mis informantes clave) con quien yo me encontraba ese día, me explicó después que en realidad a los únicos a quienes había aprehendido la policía eran miembros del RK: %Solo agarraron a unos seis o siete del RK. Del Disturbio no apañaron a ninguno. Es que esos cabrones están coludidos con las autoridades del estadio y de la policía. Por eso siempre se van a sobre los del RK y les echan la culpa de todos los desmadres+, me dijo con mucha seguridad. También me enteré de que el protagonista de la riña era El Astivia, uno de los integrantes del RK con más aguante y disposición para los enfrentamientos.

Una experiencia más que ilustra las dificultades del trabajo etnográfico y de registro en estos entornos fue la siguiente. En febrero de 2011, el América jugó por la Copa Libertadores contra el Nacional de Uruguay, uno de los equipos latinoamericanos más reconocidos. Días antes había quedado con Dany (mi principal informante) de ir a ver el juego. Dany era todavía un joven menor de edad, a punto de cumplir los 18 años. El Traidor, como también he oído que llegan a apodarle a Dany, trataba de consolidar un grupo de %titulareros+ en las colonias del sur de la Ciudad de México.

En una esquina de la colonia Santa Úrsula nos reunimos con un grupo

de estos jóvenes. Muy rápido juntaron dinero y compraron cervezas. Después de varias cervezas, algo de brandy barato y pegamento, el grupo de jóvenes se envalentonó y descontroló. Dany, notoriamente alcoholizado ordenó. *¡Vamos a ir caminando desde aquí al estadio. Vamos a cerrar la calle!*, gritó Dany. Todos los integrantes cruzaron en forma temeraria la calle, obligando a varios automovilistas a frenar drásticamente sus vehículos. La avenida Santa Úrsula, del mismo nombre que la colonia, es muy ancha, así que primero pararon el tráfico que va en un sentido. Algunos automovilistas, molestos por la acción de los ritualeros les gritaron y tocaron el claxon en señal de protesta y enfado.

Un joven con un bombo cruzó la avenida y los demás lo siguieron. Desplegaron los trapos (telas con imágenes del RK y los ídolos del club) y las banderas, de tal suerte que sin pensarlo, bloquearon el tráfico de la avenida que va en sentido al estadio. Cantaban, manoteaban y brincaban. Uno de ellos, probablemente el que más alcohol había ingerido, llevaba en una de sus manos la botella con el brandy restante y ya sin combinarlo con refresco bebía directo el contenido de la misma. Yo los seguía a unos cuantos metros, sin integrarme a su contingente. Muy rápido, unos 10 automóviles detuvieron su marcha al paso de los improvisados manifestantes. Uno de los automovilistas comenzó a presionarlos con la bocina. El joven con la botella en la mano se movió con mucha velocidad hacia él y lo amagó con lanzarle la botella. El conductor subió su ventanilla. El joven lo siguió espetando acaloradamente y por momentos pareció que iba a lanzarle la botella al auto.

Amagando a los transeúntes y recibiendo insultos, el contingente avanzó el kilómetro que más o menos distaba del Estadio Azteca. Durante los 15 minutos que duró su recorrido hasta las afueras del estadio, no se divisó ningún policía. Ya eran cerca de las 20:00 hrs. cuando por fin llegamos a la explanada del Estadio. Había mucha agitación entre los integrantes del RK que ya habían llegado a esa hora. No pasó mucho tiempo antes de que Efraín, el líder, se acercara a mí y me saludara, preguntándome si contaba con boletos para ingresar al estadio y, ante mi negativa, me entregó uno. Al mismo tiempo, nos dijo a mí y a otro integrante, El Piradito, que indagáramos con la directiva por qué les impedían ingresar al estadio con sus instrumentos musicales.

El Piradito era un participante más del RK que se encontraba muy cercano a los integrantes de la *primera línea*, pero que no pertenecía formalmente

a ese núcleo. Iba acompañado de su esposa. Ambos eran jóvenes de unos 21 o 22 años de edad y vestían camisetas del América. Efraín le dio instrucciones y al final le pidió *“velocidad”*. El Piradito me vio a los ojos y señaló con la mirada que nos teníamos que apurar. Tomó a su esposa de la mano y avanzamos hacia la entrada principal del estadio.

Después de los cateos regulares, ingresamos a la explanada del estadio. En una de las jardineras se encontraba el *“licenciado”* Ismael Coronado, el personero del Club encargado de las porras y barras. Nos acercamos a él a paso veloz. En ese momento le pregunté al Piradito: *“¿Oye, pero yo qué voy a hacer? Yo ni quiero ni puedo hablar por ustedes, así es que sólo voy a escuchar”*. El asintió y complementó: *“¿¿¿ voy a decir a Coronado que eres mi primo de Los Ángeles”*.

El *“lic.”* Coronado saludó al Piradito, a su esposa y a mí. El Piradito le dijo a Coronado que yo era su primo y que venía desde Los Ángeles, a ver el partido. Él asintió como si nada. Llegando al lugar el Piradito preguntó a Coronado si podrían pasar las cosas (refiriéndose a las banderas y los instrumentos musicales), a lo que éste último respondió que no sólo no podrían pasar las cosas, sino que la barra misma ya no podría hacerlo; señaló que llegarían *“los representantes del estadio, de la *procu*¹² y de la SSP para platicar y decirte qué se ha determinado”* y finalizó diciendo que ese era el último partido en que el *RK* podría subir al túnel 48 y tendrían que estar abajo como el resto de las barras.

En esos instantes se acercó un hombre de unos 35 años con un conjunto deportivo que llevaba los logos del América, nos indicó que era Mauricio, el representante del Club en el estadio, y preguntó nuestros nombres. Ambos dimos nuestro nombre, aunque El Piradito dudó un poco. Después Mauricio nos preguntó si éramos los representantes del *RK*. *“Sí, yo soy el representante, dijo el Piradito”*, entonces nos pidió que esperáramos a las autoridades. Pasaron un par de minutos y dos policías uniformados, más una mujer de la policía judicial (la *Procu*) y un par de representantes de la empresa privada Lobo (encargada de la seguridad del estadio) se unieron a Coronado, Mauricio y el Piradito. *“Bien, ya estamos todos”*, dijo Coronado.

Durante la reunión se comunicó la determinación de que el *RK* dejaría de

¹² La Procuraduría General de Justicia de la Ciudad de México.

ocupar la parte alta del estadio y que sus integrantes deberían credencializarse. La razón para tal determinación, se dijo, fue una pelea reciente iniciada por los integrantes del RK. El Piradito intentó explicar que ellos trataban de detener la confrontación, pero fue abruptamente interrumpido por los policías:

Eso [la pelea] nos costó una multa de \$60 mil+, dijo Coronado. [U]stedes sabían que cualquier otra bronca sería la última, así que tendrás que comunicárselo a tus camaradas. Van a tener que obtener sus respectivas credenciales y bajarse a la zona de barras. Al club le está costando mucho que ustedes estén arriba. Todos los partidos tenemos que desembolsar una buena cantidad de dinero para pagar a la policía que los cuida en el 48. Y a eso hay que añadirle lo de las multas+, remató Coronado.

Ante esto, El Piradito indicó que no podría tomar una decisión por sus compañeros, pero comunicaría la determinación. Coronado finalizó la reunión afirmando que la seguridad privada y pública estaría al tanto y que castigaría cualquier intento de la barra por ingresar a la parte alta.

La improvisada reunión terminó con unos rápidos apretones de manos. El Piradito estaba contrariado y tomó su celular. Hizo una llamada y le informó, presumo que a Efraín, lo que le acababan de decir las autoridades del estadio, del Club y del gobierno. Tomó de la mano a su mujer y apresuraron el paso rumbo a las gradas. El partido ya había comenzado un cuarto de hora antes y el América ya había anotado un gol. Entramos a la zona de las rampas que permiten el ingreso a las gradas. El ascenso fue largo hasta la parte más alta del estadio.

Un dispositivo policiaco estaba desplegado. Otro cateo más y ahora me revisaron hasta la cartera. El túnel 48 está en la cabecera norte, en la parte más alta del estadio y durante todos los partidos era [aislado+] con el dispositivo de la policía. [Si] entras aquí tendrás que salir media hora después+, me dijo el policía que realizaba el cateo. [Sí, lo sé+, le dije. El Piradito y su mujer se habían adelantado y los alcancé a la entrada del túnel.

Subimos entre las gradas, donde había unos 300 o 400 ritualeros. Ahí se encontraban El Impa y el Pete, justo arriba del número 48. Eché un vistazo, en búsqueda de Dany y su contingente, a quienes les perdí la pista. No los vi, así que me acerqué a saludar. El Piradito les estaba informando acerca

de lo que acaba de platicar en la explanada. Todos se notaban compungidos y pensativos. El partido estaba en marcha, pero a ellos no parecía importarles mucho. Una jugada generó una exclamación generalizada, y los distrajo un poco. El Impa y el Pete, recibían llamadas a sus celulares y se concentraban en ellas. El Piradito se alejó un poco de mí, por lo que yo me quedé al lado de su mujer.

Sin previo aviso, el Pete y el Impa comenzaron a agitar sus manos, señalando el túnel. Se acercaron lo suficiente a mí y finalmente logré escuchar: ~~Yo~~ Nos vamos a salir. Afuera todos, al 46 (se referían al túnel). Rápido, rápido, todos afuera+dijeron, casi gritando. En menos de un minuto, la voz se había corrido y los 400 ritualeros comenzaron a movilizarse hacia a la salida. Hubo momentos de confusión, pero de una u otra forma, todos parecían saber qué hacer, excepto yo. Con cierta prudencia, avancé hacia la salida.

La policía se mostraba completamente desconcertada y observé cómo algunos mandos de la policía se comunicaron a través de sus radios, tratando de averiguar lo que estaba pasando y cuál sería su respuesta. Salí por el túnel 48 y en esos instantes la mayor parte del contingente de ritualeros irrumpió de nueva cuenta hacia el estadio, pero ahora por el túnel 46. En la rampa de entrada, observé al Piradito y al Astivia discutir con algunos mandos policíacos.

Yo me quedé en la entrada de los túneles y de nuevo me encontré con la mujer del Piradito. Ella tampoco sabía lo que pasaba y me dijo que esperaba a su marido. Mientras trataba de explicarme cómo el contingente rompió el débil cerco policial, y una vez más el grupo de ritualeros salió a toda velocidad por el túnel 46. La policía continuó sin dar respuesta, por lo que su salida fue en absoluta calma y sin oposición policial.

A unos 20 metros observé un pequeño grupo de policías, pero al ver a los ritualeros salir del túnel no hicieron nada por impedirles el paso. Se dirigieron hacia el túnel 43, fuera del cerco metálico que divide la parte alta del estadio entre la zona de acceso general y aquella en donde se ubicaba el RK. La policía simplemente se encontraba pasmada y no logró responder a los movimientos del RK.

Ingresé otra vez a las gradas y observé lo que sucedía. El contingente de ritualeros se había acomodado en medio del público general. Muchos de los asistentes ~~normales~~+se notaban desconcertados y comenzaron a retirarse de la zona. El primer tiempo del encuentro estaba por terminar y

los desplazamientos del público general y de ritualeros se habían intensificado en la zona. La policía siguió en completo pasmo, aunque parecía que comenzaban a organizar la respuesta y cercar al contingente ritualero. El primer tiempo del partido terminó.

El RK aprovechó el entretiempo para consolidarse en una zona. Además empezaron a repartir globos amarillos entre sus filas y el público general. En un par de minutos, cientos de globos habían sido repartidos e inflados. También los ritualeros lograron introducir bombos y trompetas, por lo que comenzaron a tocar algunas de sus canciones.

La policía finalmente logró encapsular al contingente, aunque de manera parcial, ya que la zona que ocupaban era mucho mayor a la del túnel 48, por lo que el número de elementos de la policía era insuficiente. Cuando comenzó el segundo tiempo y la situación se normalizó sin enfrentamientos con la policía y el partido transcurrió sin mayores incidentes.

Con estos ejemplos quiero dar cuenta de que el entorno de las barras y en específico el RK está cargado de emociones dentro y alrededor de los estadios. ¿Cómo involucrarse con estos grupos para generar el *rapport* correspondiente? ¿Se puede mantener un grado de objetividad en estas circunstancias? ¿Qué recursos metodológicos e instrumental técnico utilizar en este contexto? ¿Qué recursos éticos son aplicables?

3. Reflexiones metodológicas y éticas del trabajo de campo con el Ritual del Kaos

A lo largo del siglo XX la antropología desplazó sus ámbitos de investigación desde el estudio de sociedades aldeanas y tribales hasta el de ciudades pluriétnicas y clasistas de medios urbanos y rurales, ligados a las metrópolis y a los centros de poder político y económico.¹³

De esta manera, la antropología se internó [] en instituciones y organizaciones, barrios y esquinas, empresas y fábricas, escuelas y hospitales.¹⁴ Esta transición etnográfica (ya de larga data) ha planteado y actualizado retos muy significativos para el trabajo de campo en entornos

¹³ Gruber, Rosana (1991), *El salvaje metropolitano. Reconstrucción del conocimiento social en el trabajo de campo*, Paidós, Barcelona (Edición libro electrónico).

en los que se torna complicado realizar la investigación o donde el conflicto social y la violencia son notables.

Por lo general, los etnógrafos que hemos realizado trabajo de campo alrededor de los jóvenes organizados de aficionados al fútbol hemos iniciado nuestras investigaciones bajo ciertos lugares y figuras comunes que se han creado socialmente sobre dichas agrupaciones. Cuando Magazine inició su investigación a finales del siglo pasado sobre los jóvenes una agrupación de aficionados de los Pumas de la UNAM, señalaba que se les caracterizaba de la siguiente manera: «Como hombres jóvenes que están enojados por su exclusión política y económica, pero que canalizan este enojo por medio de actos de violencia sin sentido y al azar, causados por su falta de guía para hacer cualquier otra cosa».¹⁵

Dicha caracterización era compartida con lo que etnógrafos de otras latitudes observaban al iniciar sus investigaciones en entornos de aficionados organizados. Al inicio de su trabajo en Argentina, Garriga apuntaba lo siguiente: «Algunas corrientes de opinión, el sentido común y ciertas escuelas académicas conciben la violencia en el fútbol como el gesto de irracionalidad que identifica a un grupo de sujetos como el revés antagónico de una sociedad civilizada».¹⁶

En la Gran Bretaña de los años ochenta y noventa se desarrollaron debates académicos sobre los llamados *hooligans*. Esos debates, más allá de las definiciones que brindaban sobre el fenómeno *hooligan*, ofrecían reflexiones en torno al trabajo de campo como método para obtener los datos con los que se armaban dichas explicaciones. En estricto sentido, la disputa entre los discípulos directos de Norbert Elias, tales como Dunning, Murphy y Williams (1995)¹⁷ por un lado y Armstrong y Harris (1991),¹⁸ por el otro, se centraba precisamente en que para los segundos, el tiempo que

¹⁴ *Idem.*

¹⁵ Magazine, Roger (2008), *op. cit.*, p. 43.

¹⁶ Garriga Zucal, José (2007), *Haciendo amigos a las piñas: violencia y redes sociales de una hinchada de fútbol*, Prometeo Libros, Buenos Aires, Argentina, p. 17.

¹⁷ Dunning, Eric; Patrick Murphy y John Williams (1995), «La violencia de los espectadores en los partidos de fútbol: hacia una explicación sociológica», en Elias, Norbert y Eric Dunning, *Deporte y ocio en el proceso de civilización*, México, Fondo de Cultura Económica.

¹⁸ Gary Armstrong, Rosemary Harris (1991), «Football hooligans: Theory and Evidence», *The Sociological Review*, vol. 39, issue 3, pp. 427-458.

los primeros pasaron con sus informantes, no fue suficiente para recolectar los datos necesarios que ofreciesen una explicación bien documentada. De hecho, lo que Armstrong y Harris señalan es que en realidad no es posible, por lo menos no lo era en 1990, establecer una teoría única e incontrovertible del fenómeno *hooligan* y la violencia en la Gran Bretaña.

El trabajo *in situ* que realicé estaba cruzado por estas coordenadas epistemológicas. Al iniciar mi trabajo de campo, las nociones del sentido común que establecían que los aficionados organizados son irracionales y salvajes, fuertemente sedimentadas por la prensa, la policía y los aficionados que no simpatizan con esta forma de aliento a los clubes de fútbol, formaban una premisa que amenazaba los hallazgos.

Esto, por supuesto, ya era un obstáculo que debía de ser sorteado, en el entendido que era más un prejuicio que una realidad constatada empíricamente. La prensa descargaba (y aún lo hace) una serie de epítetos a los aficionados de las barras que los catalogan de pseudoaficionados, barbajanes o delincuentes.¹⁹ La prensa, por lo regular, retrata a estos aficionados como individuos incultos y preparados para estallar la violencia en cualquier momento. Sin embargo, como demostré, sobre todo en los pasajes relativos al encuentro contra el Nacional de Uruguay en el año 2011, si bien es cierto que el desmadre y el descontrol a veces se convertían en violencia física, la evidencia demuestra que ésta no se dirigía contra individuos o colectivos desconectados con el ambiente barrista y que la mayoría es al interior de las propias agrupaciones o relacionadas con los clubes que las auspician. Así pues, un elemento que aprendí a tomar en cuenta es que si bien el entorno barrista es exultante y con frecuencia violento, la atención debe centrarse hacia los objetivos de esta violencia física o simbólica, lo cual la ubica en una dimensión más precisa, lejos de la adjetivación desproporcionada de los medios y el sentido común.

¹⁹ Después de una fuerte enfrentamiento el día 11 de mayo de 2004 entre los jugadores del América y el club brasileño Sao Caetano se desató una batalla campal que involucró a decenas de aficionados. El entonces presidente del club, Javier Pérez Teuffer, declaró respecto a los aficionados que se involucraron: «Reiteramos nuestra vergüenza sobre los hechos sucedidos. Nosotros no solapamos a barbajanes ni a delincuentes, tampoco estamos en pro de porras que desbaraten el espectáculo, y vamos a tomar las medidas necesarias». Guzmán, Sergio (2004), «Habrá sanciones para azulcremas», *Reforma*, jueves 13 de mayo, sección D, p. 6. .

Bajo esta misma perspectiva, el elemento de irracionalidad intrínseco a las prácticas de los aficionados barristas también se convertía en un obstáculo respecto a la recolección e interpretación objetiva de datos. Si la violencia se concibe como pura y llanamente pasional y catártica, no es posible vislumbrar un rasgo de racionalidad en los actos exultantes de los barristas americanistas. Una vez sumergido en los ambientes en los que el propio investigador tiene que cuidar su integridad física y profesional, es difícil reconocer características racionales en esos entornos en apariencia caóticos. Cuando me veía involucrado en las batallas campales los actores parecían perder nitidez y definición. Es muy difícil saber quién era quién y cuáles eran sus motivos. La explicación más fácil, evidentemente, era documentar el impulso irracional de tales momentos de violencia. Sin embargo, la pesquisa en campo tiene que desacelerar el suceso. Era necesario preguntar a otros actores involucrados directa e indirectamente o a los barristas pedirles sus versiones *a posteriori*. Con ello era posible darle sentido de racionalidad a lo que en primera instancia parece como irracional. Como ya lo señalé, cuando presencié la batalla campal entre integrantes de El Disturbio y el RK, lo caótico y, en apariencia inexpugnable, se volvía inteligible cuando se conecta el elemento económico y el trasiego de entradas como un factor determinante en la organización de las propias barras.

Conclusión

A manera de cierre, vale la pena señalar algunas características de este trabajo de campo que realicé en particular. Antes que nada, debo precisar que para aclimatarme en este entorno requerí de iniciar con los grupos de aficionados llamados porras familiares. El miedo y la incertidumbre inicial que tuve como investigador de un entorno que sabía sería difícil (por mi propia identificación como aficionado de los Pumas) no me permitieron acercarme directamente a las barras. En una especie de entrenamiento me acerqué inicialmente a los viejos aficionados, suponiendo que ellos me ofrecerían un ambiente menos violento y apacible para comprender a la fanaticada americanista. En efecto, las porras familiares son agrupaciones menos exultantes y con consumos de alcohol y de sustancias

enervantes casi inexistentes o muy bajos, además de la presencia infantil, senil y femenina me suponían un espacio de menor tensión.

Mi condición de aficionado a los Pumas siempre fue un obstáculo insalvable para acercarme a plenitud a la afición americanista. Nunca porté una playera del Club América. Tampoco canté ni celebré ningún gol o victoria con ellos. No sentí la pena ni la tristeza de un campeonato en el último lugar de la tabla de posiciones (Clausura 2008). Evidentemente, bajo una perspectiva de observación participante, esta falta de empatía puede considerarse negativa.

Sin embargo, una característica sobresaliente de la investigación fue precisamente su carácter abierto. Es decir, nunca oculté mi papel de investigador. Con eso abrí y cerré oportunidades de indagación. Cuando relato acerca de la designación de negociador que Efraín de manera implícita me dio el día que no dejaban entrar los instrumentos musicales del RK a las gradas supe que había ganado la confianza plena del núcleo de la barra. Sin embargo, rápidamente cerré cualquier tipo de posibilidad y en ningún momento hablé a nombre de la agrupación. Probablemente pesó más en mi decisión mi afición puma que algún tipo de rechazo metodológico que hubiese percibido en ese instante.

Otra cuestión que hay que señalar es que la etnografía se vio complementada con técnicas de obtención de datos no necesariamente en el campo como espacio físico. Algunas de las anécdotas fueron construidas por medio electrónicos (virtuales como se les denomina), lo que permitió recrearlas de forma escrita y fuera de cualquier tipo de vivencia directa. Ese fue el caso de la anécdota de Pete en el metro. Pienso que esta forma de interacción con los sujetos está plenamente validada y que el testimonio sólo puede ser obtenido en la medida en que el informante ya haya establecido un lazo de confianza previa. Este caso en particular es ilustrativo, ya que con Pete tuve muchas conversaciones a través de Facebook y no fue sino hasta que dicho informante me vio de forma continuada y constante en espacios físicos cuando finalmente dio algunos testimonios y me conectó con algunos aficionados más de la barra.

Un tema más que habrá que señalar son las dificultades que tuve en relación con la forma de registrar mis observaciones en circunstancias en las que ni los elementos básicos como papel y pluma se encontraban a disposición. Si bien es cierto que en algunas ocasiones logré fotografiar y

videgrabar, en algunas otras no me fue posible ni realizar anotaciones mínimas. Para estos casos fue menester registrar lo más pronto posible los eventos observados en un diario de campo. Ejercité la memoria de corto plazo de forma que la narrativa etnográfica supuso énfasis en la reconstrucción de ciertos elementos y en la invisibilización de otros.

Este es un tema que excede a este texto, por lo que asumo que todo investigador siempre pondrá más atención en la observación y en la reconstrucción narrativa de ciertos eventos o características de la práctica o del sujeto bajo observación. No resta este hecho validez a lo observado y reconstituido narrativamente, en ningún sentido, pero pocas veces es reconocido por el propio investigador.

Por último, quiero señalar que esta investigación (como cualquier otra) tensa los valores éticos del etnógrafo. Muchos informantes, como se constata en mi narración de la reunión previa en la colonia Santa Úrsula, eran menores de edad. En los seminarios de discusión que tuve a lo largo de la investigación doctoral, planteé el tema. Todos los compañeros estaban de acuerdo en que debía de publicar los resultados y testimonio de dichos jóvenes bajo el entendido que nunca presencié ningún acto delictivo o criminal y que la mayoría de las acciones no implicaban agresiones físicas graves. Además, prácticamente todos los nombres e identidades estaban por completo cubiertas por lo que no había posibilidad de reconocer a los informantes en su vida diaria.

Bibliografía

- Alabarces, Pablo, Zucal, José Garriga y Moreira, María Verónica Moreira (2008), "El aguante y las hinchadas argentinas: una relación violenta", *Horizontes antropológicos*, vol. 14, núm. 30, pp. 113-136, disponible en <http://www.scielo.br/pdf/ha/v14n30/a05v1430.pdf>
- · (2008b), "Identidades corporales: entre el relato y el aguante", *Campo*, núm. 8.
- Castro Lozano, J. (2013), "El carnaval y el combate hacen el aguante en una barra brava", *Revista Colombiana de Sociología*, año 36, núm. 1, pp. 77-92, recuperado de <https://revistas.unal.edu.co/index.php/recs/article/view/39666/41643>

- Dunning, Eric, Patrick Murphy y John Williams (1995), *La violencia de los espectadores en los partidos de futbol: hacia una explicación sociológica*, en Elias, Norbert y Eric Dunning, *Deporte y ocio en el proceso de civilización*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Garriga Zucal, José (2007), *Haciendo amigos a las piñas: violencia y redes sociales de una hinchada de futbol*, Prometeo Libros, Buenos Aires, Argentina.
- Gary Armstrong, Rosemary Harris (1991), *Football hooligans: theory and evidence*, *The Sociological Review*, vol. 39, issue 3.
- Gil, Gastón Julián (2006), *Te sigo a todas partes: Pasión y aguante en una hinchada de futbol de un club del interior*, *Intersecciones en antropología*, núm. 7, pp. 333-348. Recuperado en 31 de diciembre de 2017, de http://www.scielo.org.ar/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1850-373X2006000100024&lng=es&tlng=es
- Gruber, Rosana (1991), *El salvaje metropolitano. Reconstrucción del conocimiento social en el trabajo de campo*, Paidós, Barcelona (Edición libro electrónico).
- Guzmán, Sergio (2004), *Habrán sanciones para azulcremas*, *Reforma*, jueves 13 de mayo.
- Magazine, Roger (2008), *Azul y oro como mi corazón. Masculinidad, juventud y poder en una porra de los Pumas de la UNAM*, Afínita-UIA, México.
- Varela Hernández, Sergio (2012), *Al América se le ama o se le odia: Afición futbolera, melodrama, aguante, identidad y clientelismo en México*, tesis de doctorado en Antropología Social, UIA, México.